

Aprende a esperar // Estudio del Salmo 131

El mensaje del Salmo 131: humildad, calma y confianza en Dios

El Salmo 131 es un salmo muy breve, pero plantea una enseñanza profunda sobre la humildad, la tranquilidad del alma y la capacidad de esperar. A lo largo de la conversación se presenta como una reflexión especialmente actual en una sociedad marcada por la velocidad, la búsqueda de reconocimiento y el deseo de alcanzar posiciones cada vez más altas.

El salmista comienza hablando de su propia vida y de su manera de enfrentarse a las circunstancias. Su declaración expresa que no ha permitido que su corazón se llene de soberbia ni que sus ojos se eleven buscando grandezas o cosas demasiado sublimes para él. Se trata de una actitud que contrasta con una tendencia humana muy presente: querer destacar, ser reconocido y alcanzar un determinado estatus.

La dificultad de vivir sin buscar reconocimiento

La búsqueda de reconocimiento aparece como una de las grandes tentaciones. Incluso cuando una persona alcanza determinados niveles de éxito, puede continuar buscando más. La fama, las finanzas, el número de personas que siguen a alguien o la posición que ocupa pueden convertirse en medidas utilizadas para determinar el éxito.

Esta necesidad de reconocimiento también puede aparecer dentro de la iglesia. Se puede llegar a valorar a un pastor por la

cantidad de personas que tiene en su congregación o comparar ministerios según su tamaño y repercusión. Sin embargo, el Salmo 131 invita a mirar en otra dirección y a no hacer de la posición alcanzada el centro de la vida.

La sociedad actual también alimenta esa necesidad de demostrar lo que hacemos. Las redes sociales pueden convertir experiencias, obras sociales, viajes o logros personales en una exposición constante. La idea de que, si algo no se publica, parece que no ha sucedido, refleja hasta qué punto el reconocimiento externo puede llegar a ocupar un lugar importante.

Una iglesia que no puede reducirse a una pantalla

La conversación también relaciona esta enseñanza con la manera de vivir la fe en la era digital. Las predicaciones, los podcasts, las vigiliass y las transmisiones por internet pueden ser herramientas útiles, pero se destaca que la iglesia también implica contacto personal y convivencia.

La experiencia de la pandemia mostró que las transmisiones podían funcionar como una alternativa cuando no era posible congregarse. Sin embargo, cuando existe libertad para reunirse, aparece el valor de la cercanía, del contacto con otras personas y de la convivencia dentro de la congregación.

La reflexión cuestiona también la idea de una especie de iglesia bajo demanda, en la que cada persona selecciona la predicación que quiere escuchar según su estado de ánimo. En lugar de buscar siempre un mensaje que encaje con lo que uno quiere escuchar, se plantea la importancia de estar dispuesto a recibir aquello que Dios quiere mostrar, aunque no sea necesariamente lo que se esperaba.

El valor de un pastor cercano

La cercanía aparece como un elemento fundamental en la relación entre el pastor y la congregación. Un pastor no solamente transmite un mensaje desde el púlpito, sino que conoce a las personas, las visita, las llama y comparte parte de su vida con ellas.

La expresión de que un pastor debe conocer a sus ovejas resume esta idea de contacto. Para saber cómo está una persona es necesario conocerla, observarla y compartir con ella. Una pantalla puede transmitir un mensaje, pero no sustituye toda la experiencia de la convivencia.

En este contexto también se habla del discipulado como un proceso que se transmite caminando. Los discípulos caminaron durante años con Jesús y aprendieron a través de esa convivencia. La información que habían recibido necesitó posteriormente ser ordenada y comprendida de otra manera.

La misma reflexión se aplica a las llamadas coberturas espirituales. Una cobertura verdaderamente cercana implica apoyo, ánimo y también la disposición a señalar aquello que debe ser corregido. La distancia puede facilitar una relación en la que se cuenta solamente aquello que se quiere contar.

No buscar cosas demasiado altas

El primer versículo del Salmo 131 conduce directamente hacia una cuestión esencial: no convertir las grandezas en el objetivo de la vida. Todos pueden tener la tendencia a elevarse, dejarse llevar por el éxito y terminar creyendo que la posición alcanzada define su valor.

El éxito prematuro puede convertirse en una dificultad cuando no existe capacidad para gestionarlo. La fama y las finanzas aparecen como elementos especialmente atractivos para las personas, pero alcanzar aquello que se considera éxito no

garantiza necesariamente la plenitud.

También se puede observar esta dinámica en quienes persiguen determinadas profesiones o sueños. Son muchas las personas que desean convertirse en deportistas, artistas, músicos, actores o creadores de contenido. Algunas consiguen alcanzar ese objetivo y otras se quedan por el camino. La reflexión plantea que incluso alcanzar aquello que se soñaba puede terminar siendo una experiencia decepcionante si se esperaba encontrar allí la felicidad.

La felicidad y la plenitud no son lo mismo

La conversación distingue entre la felicidad entendida como un estado de ánimo y una idea más profunda de plenitud o gozo. Una persona puede atravesar momentos de tristeza y, al mismo tiempo, mantener un sentido para su vida.

Desde la perspectiva presentada en el Salmo 131, la satisfacción del alma no procede de alcanzar una posición determinada. El salmista puede haber conseguido cosas importantes, pero afirma que aquello no es lo que llena su alma. La plenitud se encuentra en el Señor.

Esta perspectiva cambia la manera de entender los proyectos personales. Los proyectos pueden ser insaciabiles: se termina uno y aparece otro. Se alcanza una meta y rápidamente surge una nueva. De esta manera, la persona puede pasar toda su vida persiguiendo el siguiente objetivo sin llegar a experimentar verdadera satisfacción.

Un alma como la de un niño destetado

El segundo versículo utiliza la imagen de un niño destetado de

su madre. El texto presenta la imagen de un niño que deja atrás la dependencia de la leche materna y aprende a permanecer tranquilo junto a su madre.

La comparación sirve para hablar de un alma que ha aprendido a estar acallada y en paz. Ya no se encuentra dominada por la ansiedad de obtener inmediatamente aquello que desea.

Esta enseñanza conecta con otra cuestión presente en la conversación: la dificultad que tenemos para esperar. Vivimos en una sociedad acelerada en la que un minuto de espera puede generar inquietud. Esperamos el autobús, nos encontramos con un atasco o queremos que algo suceda inmediatamente, y la impaciencia aparece con facilidad.

Frente a esa dinámica, el Salmo 131 presenta la espera como una actitud diferente. No se trata únicamente de aguantar el paso del tiempo, sino de aprender a permanecer tranquilos y confiar.

Esperar en el Señor

El tercer versículo retoma la idea de esperar. La espera aparece como una actitud que requiere aprendizaje porque contradice muchas de las dinámicas habituales de la sociedad contemporánea.

El salmista no centra su vida en alcanzar rápidamente una posición, conseguir reconocimiento o satisfacer cada deseo. Su mirada se dirige hacia el Señor. La humildad, el silencio interior y la espera forman parte de una misma actitud.

Así, el Salmo 131 presenta una forma de vivir en la que no es necesario estar permanentemente demostrando quiénes somos ni cuánto hemos conseguido. El valor de una persona no depende de aparecer en el centro, de tener una determinada posición o de que los demás reconozcan sus logros.

La enseñanza final se encuentra precisamente en esa capacidad

de permanecer en paz. No se trata de abandonar los sueños o los proyectos, sino de no convertirlos en la fuente última de la felicidad y la plenitud.